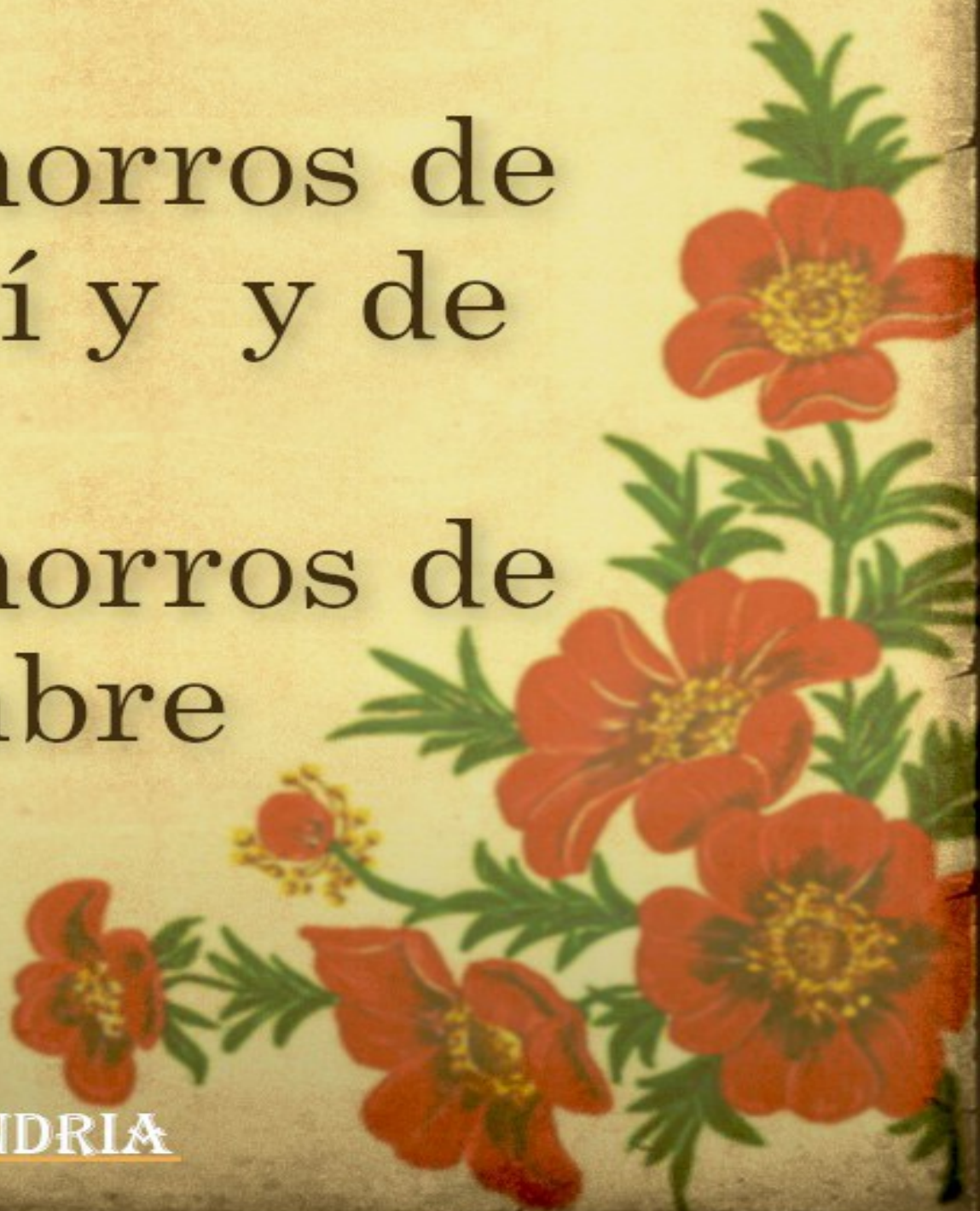




Horacio Quiroga

Historia de  
dos  
cachorros de  
coatí y y de  
dos  
cachorros de  
hombre



**Libro descargado en [www.elejandria.com](http://www.elejandria.com), tu sitio web de obras de  
dominio público  
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

**HISTORIA DE DOS**

**CACHORROS DE COATI**

**Y DE DOS CACHORROS DE**

**HOMBRE**

**Horacio Quiroga**

Había una vez un coatí que tenía tres hijos.

Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suelo de cabeza y salían corriendo con la cola levantada.

Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:

—Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatís. El mayor de uste-

des, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allí hay muchos cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habrá naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de pájaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso.

»Coaticitos: hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol.— Si no lo hacen así los matarán con seguridad de un tiro.

Así habló la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a

izquierda y de izquierda a derecha, como si  
hubieran perdido algo, porque así caminan los  
coatís.

El mayor, que quería comer cascarudos,

buscó entre los palos podridos y las hojas de los yuyos, y encontró tantos, que  
comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las

frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas

quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del

monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ningún hombre vino a  
incomodarlo. El tercero,

que era loco por los huevos de pájaros, tuvo

que andar todo el día para encontrar únicamen-

te dos nidos; uno de tucán que tenía tres hue-

vos, y uno de tórtola, que tenía sólo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que  
era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito

tenía tanta hambre como de mañana, y se sentó

muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la  
recomendación de su

madre.

—¿Por qué no querrá mamá —se dijo— que

vaya a buscar nidos en el campo?

Estaba pensando así cuando oyó, muy lejos,  
el canto de un pájaro.

—¡Qué canto tan fuerte! —dijo admirado—.

¡Qué huevos tan grandes debe tener ese pájaro!

El canto se repitió. Y entonces el coatí se puso a correr por entre el monte,  
cortando camino,

porque el canto había sonado muy a su dere-

cha. El sol caía ya, pero el coatí volaba con la

cola levantada. Llegó a la orilla del monte, por fin, y miró al campo. Lejos  
vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que llevaba un  
caballo de la soga. Vio también un

pájaro muy grande que cantaba y entonces el

coaticito se golpeó la frente y dijo:

—¡Qué zonzo soy! Ahora ya sé qué pájaro es  
ese. Es un gallo; mamá me lo mostró un día de  
arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto  
lindísimo, y tienen muchas gallinas que ponen  
huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de galli-  
na!...

Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos de monte como los huevos  
de gallina.

Durante un rato el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo

más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero.

La noche cerró por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a paso, se encaminó a la casa.

Llegó allá y escuchó atentamente: no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría

porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada, fue un huevo que estaba

solo en el suelo. Pensó un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande; pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo.

Apenas lo mordió, ¡TRAC! un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.

—¡Mamá, mamá!— gritó, loco de dolor, sal-

tando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrido de un perro.

Mientras el coatí esperaba en la orilla del

monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa

jugaba sobre la gra-

milla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse.

El padre se caía también, con gran alegría de

los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:

—Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos.

Y fue y armó la trampa. Después comieron y

se acostaron. Pero las criaturas no tenían sueño, y saltaban de la cama del uno a la del otro y se enredaban en el camisón. El padre, que leía en

el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

—¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa!

¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá!

El padre consintió, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las víboras.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una

mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatí, un coaticito chico aún, que gritaba

con un chillido rapidísimo y estridente, como un grillo.

—¡Papá, no lo mates! —dijeron las criaturas—

. ¡Es muy chiquito! ¡Dánoslo para nosotros!

—Bueno, se lo voy a dar —respondió el padre—. Pero cuídenlo bien, y sobre todo no se olviden de que los coatís toman agua como ustedes.

Esto lo decía porque los chicos habían tenido una vez un gatito montés al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiambra; pero nunca le dieron agua, y se murió.

En consecuencia, pusieron al coatí en la misma jaula del gato montés, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez.

Y cuando era más de medianoche y había un

gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo.

El corazón le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y a sus



dos hermanos que

lo estaban buscando.

—¡Mamá, mamá! —murmuró el prisionero en

voz muy baja para no hacer ruido—. ¡Estoy

aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedar-me, ma... má! . .— y lloraba desconsolado.

Pero a pesar de todo estaban contentos por-

que se habían encontrado, y se hacían mil cari-

cias en el hocico.

Se trató en seguida de hacer salir al prisione-

ro. Probaron primero cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguían nada. Entonces a la madre

se le ocurrió de repente una idea, y dijo:

—¡Vamos a buscar las herramientas del hom-

bre! Los hombres tienen herramientas para cor-

tar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados

como las víboras de cascabel. Se empuja y se

retira. ¡Vamos a buscarla!

Fueron al taller del hombre y volvieron con la

lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerzas

bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se

entusiasmaron tanto,

que al rato la jaula entera temblaba con las sa-

culidas y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un

ronco ladrido. Mas los coatís no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese escándalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.

Al día siguiente, los chicos fueron temprano a

ver a su nuevo huésped, que estaba muy triste.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó la

nena a su hermano.

—¡Ya sé! —respondió el varoncito—. ¡Le

pondremos Diecisiete!

¿Por qué Diecisiete? Nunca hubo bicho del

monte con nombre más raro. Pero el varoncito

estaba aprendiendo a contar, y tal vez le había

llamado la atención aquel número.

El caso es que se llamó Diecisiete. Le dieron

pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos,

riquísimos huevos de gallina. Lograron que en

un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan

grande es la sinceridad del cariño de las criaturas, que al llegar la noche, el

coatí estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había para comer allí, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran.

Durante las noches siguientes, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con gran sentimiento. Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, éste les dijo:

—Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros. Son cachorritos también, y jugamos juntos.

Los coatís salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo.

Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con él. El coaticito les daba pan por entre el

tejido de alambre, y los coatís salvajes se sentaban a comer frente a la jaula.

Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto y él mismo se iba de noche a su jaula.

Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba

por andar muy cerca del gallinero, todo mar-

chaba bien. El y las criaturas se querían mucho, y los mismos coatís salvajes, al ver lo buenos

que eran aquellos cachorritos de hombre, hab-

ían concluido por tomar cariño a las dos criatu-

ras.

Hasta que una noche muy oscura, en que hac-

ía mucho calor y tronaba, los coatís salvajes

llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se

acercaron muy inquietos y vieron entonces, en

el momento en que casi la pisaban, una enorme

víbora que estaba enroscada a la entrada de la

jaula. Los coatís comprendieron en seguida que

el coaticito había sido mordido al entrar, y no

había respondido a su llamado porque acaso

estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien.

En un segundo, entre los tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquí para allá, y en otro segundo, cayeron sobre ella, des-haciéndole la cabeza a mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriéndose. En balde los coatís salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar, porque estaba muerto.

Los coatís son casi refractarios, como se dice, al veneno de las víboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta, que resisten muy bien el veneno de las víboras. Con toda seguridad el coaticito había sido mordido en una arteria o una vena, porque entonces la sangre se envenena en seguida, y el animal muere. Esto le había pasado al coaticito.

Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada más

tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte.

Pero los tres coatís, sin embargo, iban muy preocupados y su preocupación era ésta: ¿Qué

iban a decir los chicos, cuando, al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querían muchísimo y ellos, los coatís,

querían también a los cachorritos rubios. Así es que los tres coatís tenían el mismo pensamien-to, y era evitarles ese gran dolor a los chicos.

Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatís, que se parecía muchísimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula, en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos

secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no conocerían nada; extrañarían un

poco algunas cosas, pero nada más.

Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujeto a los dientes el cadáver del menor. Lo llevaron

despacio al monte, y la cabeza colgaba, balanceándose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al día siguiente los chicos extrañaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito.

Pero como éste era tan bueno y cariñoso

como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatis salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedaci-

tos de huevos duros que él les guardaba, mien-

tras ellos le contaban la vida de la selva.

**FIN**